

# LOS MARINOS DE LA ORDEN. PERFILES Y EXIGENCIAS

José CERVERA PERY  
General Auditor del Cuerpo Jurídico Militar

Siempre que subo a una tribuna —en especial a esta para mí tan querida del Instituto de Historia y Cultura Naval, en un ejercicio de feliz multirreincidencia—, me viene a la memoria aquella anécdota oída a don Natalio Rivas, que había sido ministro varias veces y presidente de la Real Academia de la Historia, referente a los discursos y ponencias de determinados oradores. Decía don Natalio que había conferenciantes que, cuando subían al estrado, no se sabía lo que iban a decir —cuestión ciertamente preocupante—, y otros que cuando bajaban no se sabía lo que habían dicho (lo cual era más grave). Yo no quisiera que a mí me sucediera ni lo uno ni lo otro, y me someto gustosamente al veredicto de este amable auditorio, que por anticipado acato.

Tocan a su fin estas Jornadas de Historia Marítima, que al propio tiempo son las terceras dedicadas a la Orden de Malta, la mar y la Armada en una triple vinculación de tanto contenido y riqueza histórica. Yo he tenido el privilegio de participar en todas ellas y constatar cómo los aspectos más sobresalientes de esta vertebración afectiva a lo largo de la Historia, fueron analizados con solvencia y rigor en un marco erudito y divulgativo a un tiempo, que comportó dedicación, esfuerzo y sobre todo convicción en sus planteamientos.

Es notable que en aquella época medieval de luchas e intrigas entre el Papado y el Imperio, con el trasfondo del conflicto de las investiduras, un monje cluniacense, Rainero, que llegaría a ser pontífice con el nombre de Pascual II, propugnara una Iglesia libre y pobre, pero independiente del emperador. Pero habría de ser sencillamente ingenuo para creer que el emperador y los príncipes habrían de aceptar lealmente la propuesta papal en medio de este fragor bélico. Pascual II dirigió una bula a su venerable hijo Gerardo, fundador y director del Hospital de Jerusalén, y a sus sucesores, concediendo a esta verdadera casa de Dios especiales privilegios. Casi un siglo después, a instancias de otro pontífice, Inocencio II, la Orden adquirió su rasgo combatiente y trashumante, instalándose en un principio en Chipre, pasando luego a Rodas y fijando por fin su sede definitiva en Malta, isla cedida por el emperador Carlos V, hasta que sus caballeros sean expulsados siglos después por Napoleón Bonaparte. Mucha mar de por medio. Mucha gesta heroica —ataques, sitios, defensas— en la prolongada lucha entre la Cruz y la Media Luna, con la hegemonía del Mediterráneo en juego, pero también muchos actos de solidaridad, de caridad cristiana, de cortesías palatinas en un marco de singular prestancia.

Desde que la Orden se instaló en Rodas, dado el medio marítimo en que hubo de desplegar sus actividades, comenzó a organizar una flota cuyo poder y eficacia se hicieron notar muy pronto, especialmente como fuerza auxiliar de las diversas potencias marinas que en siglos pasados tuvieron que enfrentarse frecuentemente con la amenaza y el poderío turco. Pero no hablaremos de barcos que contaron con bravos capitanes y excelentes soldados —y cuya tipología ha sido magistralmente expuesta en estas Jornadas—, sino de hombres, situando en su tiempo a los marinos de la devoción, sobre todo a los que vivieron las mutaciones y contrastes del siglo de la Ilustración en sus perfiles y exigencias. Y no resulta tarea fácil. Hay que abordar el comportamiento humano en función de su circunstancia, la tan manoseada frase orteguiana. La presencia de la Orden de San Juan en la Armada discurre por cauces definidos de una proyección histórica. Sus exigencias —los tres votos de obediencia, castidad y pobreza— no siempre fueron concordantes con determinadas semblanzas. Malaspina, por ejemplo, fue vigilado por la Inquisición por cuestiones de fe y su vida sentimental no pareció discurrir por los cauces de la ortodoxia. De don Cayetano Valdés se dice que era masón (el gran maestro de la masonería española, Miguel Morayta, lo incluye en sus listas. Yo sin embargo tengo mis dudas). Sin embargo, otros marinos de la Orden cumplieron a rajatabla sus votos. El baylío don Antonio Valdés, frey Gil de Taboada, el sabio Ulloa, el propio Jorge Juan. No se trata de interpretar problemas de conciencia, ni de acomodarlos a unas supuestas connotaciones. La pertenencia a la Orden de Malta, como a las clásicas órdenes militares de Santiago, Calatrava y Montesa, era un mérito muy a tener en cuenta para el ingreso de los caballeros guardiamarinas en las Reales Compañías del siglo XVIII, y desde la fundación de las mismas hasta 1836, en que se suprimen las pruebas de nobleza, la pertenencia a la Orden era uno de los méritos más valorados. En los espléndidos catálogos de don Dalmiro de la Válgoma figuran numerosas crucecitas colocadas al costado del caballero guardiamarina como una credencial legítima de autenticación.

Mi querido y admirado Hugo O'Donnell ha resumido magistralmente las vicisitudes de la Orden de Malta en las colecciones documentales del Museo Naval, en las primeras de las Jornadas, con referencia a significados personajes que en ellas figuran, y en esta última nos ha deleitado con la revisión de cuanto ha significado y sobresalido en las mismas. También otro ilustre ponente de las primeras, el capitán de navío y doctor en Historia Antonio de la Vega, biografió a los marinos de la Orden cuyos retratos figuran en el Museo Naval, bosquejando las semblanzas, esta vez con la pluma y no con el pincel, del marqués de la Ensenada, Jorge Juan, el baylío Valdés, Santiago de Liniers, Alejandro Malaspina, Martín Fernández de Navarrete y Cayetano Valdés. Las notables hojas de servicios de todos estos marinos ilustrados de muy distinto talante y trayectoria, fueron pilares del aporte documental de sus hechos de armas, organizativos, científicos o historiográficos. Naturalmente, siendo tan atrayente la tentación de volver a ellos, más desde la óptica del análisis de la persona que desde la cronología de sus servicios o trayectoria de sus ascensos

(la incesante sucesión de fechas aturde un poco), me limitaré a referencias puntuales dentro del contexto de la época, dando paso también a las semblanzas comprimidas de otros marinos de la Orden cuyos méritos les hacen igualmente acreedores a la devoción y el recuerdo.

Este posicionamiento conlleva una serie de reglas que el marino sanjuanista debe en conciencia aceptar. No basta el lucir la cruz nacarada o bordada en mayores dimensiones. No es suficiente la acumulación de méritos ajenos —padres, abuelos y otros parientes— para convertirlos en propios. Debe amoldar su perfil al contexto de la Orden que profesa, pero también responder a sus exigencias en una escala de valores que ocupe un lugar responsable en una nueva dimensión de la fe cristiana dentro también de un nuevo y profundo sentimiento de libertad tan inherente al marino de la Ilustración. Así, el valor y el ánimo de servirse de su propia inteligencia han de marcar la trayectoria de los marinos de la Orden que, con la brevedad que exige el caso, vamos a contemplar.

El servicio de las armas es al mismo tiempo servicio a la comunidad. «Vale quien sirve», rezaba el lema colocado en los campamentos juveniles de mi adolescencia. Y esta actitud puede asumirse con sinceridad en un acto de constatación formal de que nuestros marinos cumplieron sus normas de hospitalidad, fraternidad y caridad cristiana. El hombre no vive en una historia que de algún modo queda externa a él. La Historia es más bien la dimensión interna y la constitución del hombre. Sus propios actos serán sus propios jueces más allá de las meritorias hojas de servicios, las preciadas condecoraciones y los juicios de enaltecimiento.

El espíritu de la Ilustración dejó notar su impronta en los amplios campos del quehacer humano. De ellos quizá el más importante fuera el político, pero no pueden marginarse ni el científico ni el intelectual (y aquí nuestros marinos se mueven a sus anchas), aunque en un trasfondo todavía a cierta distancia, se anuncie el advenimiento del liberalismo (recuérdese que estamos en plena celebración del bicentenario de las Cortes de Cádiz, en las que los marinos presentes en ellas —y había varios sanjuanistas— tenían ya definidas sus posiciones).

Pero el profundo cambio de pensamiento que experimenta la sociedad española del siglo XVIII se ha de advertir necesariamente en los hombres del botón de ancla. El marino ilustrado —sanjuanista o no— posee antes que nada espíritu de misión, tal vez conciencia de destino histórico, y aunque parezca contradictorio, no es político. No hace política como la harán muchos de sus sucesores en el siglo XIX. Le basta con moverse en el ambiente militar sin desdeñar por ello su formación intelectual y científica, de la que en su momento habrán de dar cumplida prueba. Hay además un sentimiento que enraíza en estos hombres en profundidad como nota distintiva de una preocupación común. Les duele España y, con España, les duele la Marina, que es medio esencial para su engrandecimiento. Lo saben y lo asumen desde una actitud personal en la que prima un raro sentido de búsqueda de perfección corporativa. Tal vez influya en su talante y gestión las frases de Campomanes

de que «una nación vigilante y despierta, cuyo pueblo esté ocupado e instruido en las artes de la guerra y de la paz, mientras permanezca unido a tales máximas no tiene que recelar de sus enemigos».

En el «paseo pictórico» que Antonio de la Vega se dio por el Museo Naval se detuvo en la contemplación de los retratos del marqués de la Ensenada, Jorge Juan, el baylío Valdés, su sobrino Cayetano, Santiago Liniers, Alejandro Malaspina y Martín Fernández de Navarrete, cuyas semblanzas dejó impresas en su conferencia de las primeras jornadas. Quedaban sin embargo otros, no menos destacados y destacables que no tuvieron cabida en sus comentarios, supongo que por razones de tiempo y espacio. Frey Francisco Gil de Taboada, Antonio de Ulloa, Francisco Liaño, José Alonso Pizarro, Pedro Martínez de la Cerda, Manuel Guirao, Felipe López de Carrizosa. Todos están allí, con sus cruces de la Orden bien visibles, y todos son merecedores de que se revivan sus lauros y «currículos». Pero, por las mismas restricciones que tuvo De la Vega, yo voy a acortar el censo, en pugna contra el reloj, deteniéndome en dos ilustres marinos, padre e hijo, unidos en la misma devoción y conducta ejemplar. Los dos Ulloa.

Se ha considerado en cierta manera a don Antonio de Ulloa y de la Torre Giral como el *alter ego* de Jorge Juan, y desde luego existen numerosas coincidencias entre las dos semblanzas. De noble linaje sevillano, al igual que el alicantino, guardiamarina en Cádiz junto a su compañero, y escogido con él para la comisión científica de la medición en Quito de un arco del meridiano terrestre. Sus once años en América, codo a codo tanto en los trabajos científicos como en la defensa de las costas de Perú y Chile de los ataques ingleses, los hermanan en una importante parcela del quehacer común. Pero, ya de vuelta a España sus caminos se separan aunque sus vidas sigan conjuntadas en el mejor servicio a España.

Ulloa es sobre todo un estudioso, y de la aplicación de sus estudios —propia también del polifacetismo de los ilustrados— se obtienen resultados sorprendentes. Ya en el reinado de Fernando VI realiza viajes de información por distintos estados de Europa, y durante ese período se lleva a cabo gracias a sus informes e influencias, la reorganización de los colegios de medicina, el establecimiento de la Real Fábrica de Paños, las mejoras de los arsenales de Ferrol y Cartagena y el trascendente éxito científico de dar a conocer a Europa el platino como cuerpo simple, ignorado aún, lo que le vale —dentro de las tardías gratitudes europeas— el ser nombrado miembro de la Real Academia de Suecia.

La permanente dedicación científica de Ulloa, orientada hacia el desarrollo práctico de diferentes disciplinas, investigando técnicas, compulsando teorías y nuevos hallazgos y promocionando mejoras en diferentes artes y estudios, se había traducido en una serie de iniciativas de las que es el verdadero promotor en España, como la activación del gabinete de historia natural, del que será su primer director, comenzando una nueva etapa de su vida activa al ser designado superintendente general de Huancavelica en Perú, zona rica en minas de azogue de las que hizo un detallado estudio, dictando instrucciones para su

explotación. América por tanto va a seguir siendo su principal polo de atracción, pues en 1765 es encargado del gobierno de la Luisiana meridional, pasando al año siguiente de gobernador general de los territorios de Florida, donde difundió útiles conocimientos que en vano lucharon contra la resistencia de los colonos. Su ascenso a jefe de escuadra en 1772 lo devolverá a España, pero todavía conocerá de nuevas vinculaciones ultramarinas al tomar el mando de la última flota que pasó al Nuevo Mundo y regresó felizmente a la metrópoli cargada de caudales y buenos frutos.

Se ha dicho de Ulloa que, en guerra o en paz, estuvo siempre dedicado al estudio de las observaciones marítimas, realizando mediciones, analizando corrientes y corrigiendo cartas náuticas. Sus ascensos en la carrera naval —llegó a teniente general y fue dos veces director general de la Armada— no los obtuvo por méritos de guerra, ya que sus éxitos de alcanzaban en el campo de la ciencia y la técnica y el Estado lo recompensaba con puestos de dirección política, pero ello no supone menoscabo para su hoja de servicios ni para su condición de sanjuanista fervoroso y ajeno a toda tacha moral.

Ulloa publica importantes escritos y colabora con las principales sociedades científicas europeas, a las que envía memoriales y de las que recibe títulos y honores. Individuo de número de la Royal Society londinense, de la Real Academia de Ciencias de París, Copenhague, Estocolmo, Berlín, Leipzig, Bolonia... Un completo panorama científico, acorde con el espíritu de interés, difusión y atención de las ciencias nuevas que han calado profundamente en el marino.

Obras son amores, y entre las suyas se cuentan la *Relación histórica del viaje a la América meridional, hecho de orden de S.M. para medir algunos grados del meridiano terrestre y venir por ello en conocimiento de la verdadera figura y magnitud de la tierra*, larguísimo pero expresivo título. *Noticias americanas: Entretenimiento físico histórico sobre América meridional y septentrional y oriental*. Esta obra fue publicada en 1772, traducida a varios idiomas y muy elogiada por Federico de Prusia a la que le fue enviada por el autor. Las famosas *Noticias secretas*, en colaboración con Jorge Juan y publicadas después de la muerte de sus autores, en las que se describe con sinceridad y crudeza cuanto les fue pedido para el acierto del gobierno de aquellos territorios, y la menos conocida *Conversaciones de Ulloa con sus tres hijos*, llena de consejos morales y orientaciones cristianas, y que utilizó de lazo de conexión para trazar la semblanza de su hijo mayor, marino de otro talante y trayectoria, pero también forjado en la devoción religiosa de la orden hospitalaria.

Nacido en la Real Isla de León —ilustre paisano por tanto de quien os habla— el 17 de agosto de 1777, hijo de don Antonio y de doña Francisca Ramírez de Laredo, hija de los condes de San Javier y una de las primeras damas que obtuvieron la banda de María Luisa. El joven Javier a los diez años recibió la carta de guardiamarina y se cruzó como caballero de justicia en la orden de San Juan comenzando sus estudios elementales en el navío *San Ildefonso*. No voy a seguir el sistema seguido por mi admirado Antonio de la

Vega, de enumerar concretamente fechas de ascenso, destinos, trasbordos, etc., entre otras cosas por razones de tiempo. Estuvo en el combate del cabo San Vicente y, ya como teniente de navío, en la funesta batalla de Trafalgar y en la rendición de la escuadra francesa de Rosily.

Antes y después hizo viajes y largos cruceros a Veracruz y otros puertos de América, y estuvo algunos años destinado en el fatigoso servicio marítimo que entre La Habana, Campeche y Veracruz exigió la guerra con las antiguas posesiones sublevadas. Mandó la fragata *Perla* y, de capitán de navío, el *San Pablo*, y ascendido a brigadier en 1825, fue destinado a Madrid como vocal de la Junta Superior de Marina. En 1832, tras la destitución del ministerio de Calomarde, se le confió la cartera de Marina en el gabinete presidido por don José Cafranga. La probidad y la firmeza de unos ministros que subieron al poder en unas circunstancias tan difíciles quedan justificadas en la Historia. Ulloa fue el que, desempeñando interinamente el Ministerio de la Guerra al mismo tiempo que el de su departamento, comunicó las órdenes para el desarme de más de 200.000 voluntarios realistas y el inmediato reemplazo de los capitanes generales y segundos cabos de los distritos, providencias ambas que aseguraron el trono a la reina Isabel II a la muerte de Fernando VII.

Al término de su gestión ministerial, Ulloa fue promovido a jefe de escuadra y destinado al departamento marítimo de Cádiz, pero volvió a recibir la cartera de Marina en 1837 en el ministerio Bardají, dictando disposiciones muy favorables para el buen gobierno de la Armada, lo que no le impidió presentar su dimisión poco tiempo después. Gentilhombre de S.M. en 1839, obtuvo por antigüedad el ascenso a teniente general de la Armada y se le confirió la comandancia general y apostadero de La Habana en 1842. En este mando destacó por haber sido el primero que pasado medio siglo diese alguna vida al arsenal de La Habana, ordenando la construcción del bergantín *Habanero* y de la corbeta *Luisa Fernanda*. Tras la caída del regente Espartero, el capitán general de Cuba ordenó a Ulloa que le reemplazase interinamente en aquel mando superior hasta la llegada de su sucesor en propiedad, el duque de Tetuán. Ulloa aceptó disciplinadamente el encargo, y en los treinta y cinco días que lo desempeñó, juntamente con la comandancia general del apostadero, hizo renuncia de los legítimos gajes que le correspondían como capitán general. En prueba de gratitud, y por los servicios prestados, se le concedió la banda de Carlos III (ya tenía las de San Hermenegildo e Isabel la Católica), y a su regreso a España fue nombrado senador del Reino.

Falleció en la corte a los setenta y ocho años, con el grado de capitán general de la Armada y célibe, honrando así los votos contraídos en la Orden de San Juan. Era pequeño de estatura, pero de fuerte complexión, generoso y desinteresado, de afable trato y caballerosas cualidades. Asimiló perfectamente los consejos paternos y supo honrarlos. Fue un testimonio vivo del binomio de integración de hombres que provenientes de la Armada, en la institución hospitalaria supieron aunar espada, pluma y hábito en pro de la grandeza de España, como dijo Antonio de la Vega.

Hoy como ayer, la historia de la Soberana Orden Militar y Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta es parte de la historia de la civilización y sigue siendo fiel exponente de una plena dedicación para aliviar el sufrimiento humano. Sus hombres se han renovado, pero mantienen firmes los nobles ideales que recibieron de quienes les precedieron. Los lazos de identificación con la Armada y los marinos que tuvieron la honra de servirla se han puesto cumplidamente de manifiesto a través de estas jornadas, distanciadas por el tiempo pero unidas por una misma voluntad y un título ejemplar: *La Orden de Malta, la mar y la Armada*, o si se quiere, en título simbólico, *La nave que arribó a buen puerto*.